



Por M. CAMPA

Felipe Prieto nació en Oviedo en 1941. Pertenece, pues, a la primera generación de asturianos de la postguerra. A la misma que Cueto Alas, Bartolomé, Vidal Peña, Sanjurjo, Evaristo Arce, Antonio Rañada, Muñiz Muñiz, Chus Quirós, Rendueles y un largo etc. Hace tiempo que la adscripción generacional se toma como un dato serio y que ha dejado de considerarse como una idea frívola del primer pensador español contemporáneo. No es de este lugar hablar de las características de esta generación asturiana cuya conciencia Cúeto suele vincular a la época del racionamiento. Del racionamiento y del estraperlo, que fueron para esta generación hechos de un rango casi similar a lo que significó la guerra civil para los nacidos unos años antes.

—Yo tengo de nuestra infancia —cuenta F. Prieto— una impresión de pobreza. Casi nunca teníamos los pies calientes. Me acordaré siempre de cuando iba con la cartilla de racionamiento y me encontraba con que las bolsas de papel tenían cemento en el culo para que pesaran más. Las desdichas de los fumadores, buscando cartillas de los que no fumaban para conseguir tabaco, eran tremendas...

Felipe Prieto procede, como la mayoría de los asturianos de su generación dedicados a profesiones intelectuales, de la pequeña burguesía. Es hijo de un oficial del ejército. Es muy posible que a la inspiración paterna se deba el rango prioritario que en su producción alcanzan los poemas que podríamos calificar como patrióticos: una temática que sólo deja de ser tópico en la voz de los poetas excepcionales:

«Que me hace daño España, como un dios
pisándome la frente, llena
de tierra seca estremecida de ansia, llena
de surcos amplios, ansiosos
de sangre nueva, nuevo dolor, angustia
de parto sudoroso de banderas.

Que me hace daño España, como un sol
de sal, clavado hoja por hoja
en la pradera, en la corteza del hambre
de mi lengua, anhelante
de un trigo más humilde y una carne más fuerte
y roja, sin correas alrededor
de la sangre y la palabra.

Que me hace daño España, como un ascua
en la mano, espina al ple, dolor
de bofetada en el alma, me hace daño

UN POETA PARA EL PUEBLO ASTUR

12-4-(1975 + xxi (1)

España totalmente, como un dolor
desesperante, infierno en vida, muerte sucia
de vergüenza, dura, dura, dura...».

EL COLEGIO

La burguesía asturiana de la postguerra envió a sus hijos a estudiar a los colegios de religiosos. Entonces se consideraba casi infamante no asistir a un colegio de pago. El nivel académico de la mayor parte del profesorado —con las excepciones de rigor— era —¿por qué ocultarlo?— francamente deficiente. Apenas había licenciados y el mismo profesor enseñaba un curso literatura y al siguiente matemáticas o física. Tal vez tenga que ver con esto la inseguridad vocacional que es tan frecuente encontrar en los miembros de esta generación de asturianos: casi todos han estudiado inicialmente carreras que no ejercieron después.

—El colegio —piensa Felipe— formó, deformó, fue, en suma, muy importante. Llegó a ser como un lugar propio, una prolongación del mundo de los alrededores.

Solía haber, por los años cincuenta, un solo grupo en cada curso, de modo que se convivía con los mismos compañeros a lo largo de todo el bachillerato. Los grupos adquirían así una personalidad peculiar.

—Creo que sí —se refiere Felipe Prieto al colegio de los Dominicos—: el curso de Muñiz y Rañada era distinto del de Quirós y Calleja, del mismo modo que nuestro curso era diferente del de Cueto, Castrillo, Moratiel...

La forma de identificar las promociones suele ser, claro está, por los alumnos más destacados, cuya competitividad era estimulada por el sistema de calificaciones entonces vigente: se clasificaba a los estudiantes, 1.º, 2.º, 3.º, etc., al modo deportivo. Al evocar ahora aquellas competiciones resulta obligado recordar especialmente una gran rivalidad que se mantuvo a lo largo de todo el bachiller entre dos estudiantes excepcionales: José María Muñiz y Antonio F. Rañada. Hoy, aquellos «guajes» que, quincena tras quincena, mantenían en vilo la atención de un millar de compañeros son, respectivamente, ingeniero director de una gran empresa y catedrático de Física Nuclear de la Universidad de Zaragoza.

Felipe Prieto tiene un recuerdo especial para dos profesores:

—De aquellos tiempos, guardo una especial gratitud para el P. Inciarste (hoy exclaustro), que nos enseñó a pensar con libertad, y para don Luis Castañón.



«ME INTERESABAN EL ARTE Y LA ARTESANÍA».

EL MAESTRO

Finalizado el bachillerato con un brillante expediente, cuando la mentalidad vigente entonces empujaba a los buenos estudiantes hacia las ingenierías superiores en busca del triunfo en la estúpida sociedad española de aquellos años, Felipe Prieto decidió ser maestro de escuela rural.

—Hice maestro porque en aquel momento no tenía mucha ilusión en estudiar; quería hacer cosas de éstas: me interesaban, como ahora, el arte y la artesanía. Las cuestiones del lenguaje, para las que creo que estoy bien dotado, me interesan intuitivamente, pero no me atraen los estudios «anatómicos», que matan el habla...

De la gran facilidad de F. Prieto para el aprendizaje de idiomas da fe este cronista y cualquiera de las personas que habitualmente tratan a esta especie de «Pentecostés» viviente.

Va de maestro a Dego, Aballe, en Panes, y allí surge su identificación con aquellos campesinos.

—¿Crees —preguntamos— que si hubieras ido de notario, pongamos por caso, habrías tomado conciencia de los problemas de aquellas gentes?

—Hombre, de notario no sé, pero si hubiera ido con lo de la concentración parcelaria, por ejemplo, seguro que sí.

«Hoy ero
yo esi pan con mofu en mediu
de aquella gran jartura.
Hoy ero yo esi pan ñegru
que da Juercies al pueblu
p'a aguantá so amargura.
Hoy toy equí, rotu con les manes,
jechu vergüenza viva de la jame,
muertu n'el mediu de los mis asesinos.
Dixe bien: malárenme
entre los señores de les pances
y les pindangues de deínos finos.
Y yo digo que é munchu
lo que había qu'enjocicalos en cuchu
p'a que sopieren lo que duel la tierra.
Sacáos bien el untu,
p'entre les costielles. Xuntos
dimpués, ya non jarán más guerra.»

Pero en la poesía de Felipe Prieto hay un lugar también para la Asturias idílica, que ha cantado indistintamente en bable y en castellano.

«Hoy me gustó charlar junto al molino,
con la rueda moliendo mansamente
en un sopor de rebaño que rumia...
Y ver al molinero, Abel, un molinero
blanco, suavemente blanco,
como entre la niebla,
verle acariciar la vieja puerta de castaño
sembrada de nombres —cosecha del tiempo
que se ha hecho harina, también en el molino...
Verle con mano de pastor tranquilo
apacentar el grano, redilar la harina
y contar una a una, dulcemente
todas sus ovejas futuras de pan.
Vi que hasta una trucha —parecía dormida—
nos escuchaba por el hondo arroyo
sembrado de llamas desnudas de los árboles:
alisos, chopos, robles, pinos, álamos,
y alguna risa primaveral, de cerezo en flor.
Me gustó la charla porque hablamos poco:
él con su molienda, yo con mi navaja,
tallando un águila en la puerta, de recuerdo,
casi contraste con la paz,
con la paciencia de buey de este molino viejo.»

ARTESANÍA Y PUEBLOS PRIMITIVOS

Hoy Felipe Prieto es maestro de escuela (profesor de Enseñanza General Básica, que dijo la señorita Galino) y artesano. Sus trabajos en cuero —que no en cueros— gozan de gran prestigio.

—Me plagian constantemente los diseños, pero patentarlos es caro, y perseguir judicialmente a los infractores resulta aún más costoso.

El cronista debe señalar que la afición de Felipe Prieto por la artesanía se dio unida inicialmente a una extraña vocación. Estudiando aún los primeros cursos del bachillerato, Felipe Prieto se dedicaba a leer y buscar con avidez todos los libros que tratasen de pueblos primitivos actuales. Allá por los años cincuenta ya había en Oviedo un pequeño etnólogo. Para esas lecturas aprendió inglés y resulta curioso señalar cómo de algunos libros difíciles de conseguir guarda doble ejemplar. No debe sorprender esta previsión: Felipe se aviene siempre a prestar libros a los amigos.

—Tengo algunos duplicados por si se pierden...

Pero, aparte de artesano y lector asiduo de títulos como «Indian crafts an Lore» o «Indian art in America», Felipe Prieto es, sobre todo, el poeta —tal vez el máximo poeta— de los campesinos asturianos:

«Vosotros, que non tenés nin muergu
vuestru, que non facéis esfueya
que vos rinda, homes de la tierra,
táis ya tan confundíos con'a ería
que parecé's maizos mal plantaos.
Vosotros que buscáes toes les ñoches
consuelu en'a taberna y en'es cartes,
seguid p'al trabayu contumíos
ya que tenés más n'el vinu qu'en vosotros.
Seguid lliñdiando vaques de silenciu
alloraios de guiyás y tabacu.
Y p'a entre tanto, non vos importe munchu
si vos rinde plantar el árbol ñuevu
o cambiái al alma los pegoyos.
Mientras sigáes anorantes de la vida
que marcha alante, lexos, sin vosotros,
non vos importe munchu, non ye ná.
que pudiera frenávos la liabiega.
Pero acordáivos de les cosas vieyes
cuando yera más home el campesinu:
P'a con Dios, tené la manu'n carru,
y l'otra n'estandoriu.»